

# La bendición de la palabra

enigmática en más de un aspecto. Vivió treinta y cinco años de su vida, más de la mitad, fuera de Chile. Itinerante por obligación y también por "patiloca" como solía llamarse a sí misma. "Me voy de todas partes", dijo. Vivió en México, Italia, Francia, España, Portugal, Brasil, y Estados Unidos. Recorrió América Latina y diversos países de Europa, y estuvo períodos breves en Cuba y Puerto Rico, que sintió siempre muy cercanos. Vivió sola o acompañada por amigas -secretarias como la escultora Laura Rodig y después por Palma Guillén, Magda Arce y Doris Dana, que aún le sobrevive.

También la acompañaron, en ocasiones, parientes. Entre ellos, el misterioso Yin Yin que crió desde guagua y que se suicidó siendo todavía casi adolescente en Petrópolis, donde vivía junto a Gabriela. La terrible herida de esa muerte no cicatrizó nunca.

Hay en el caso de Gabriela un cierto desdibujamiento de su figura por desconocimiento de su personalidad profunda, que ha complicado a sus biógrafos. "*Bendita mi lengua sea*" viene a colorear espacios crisis y a colmar vacíos. Da carnadura a la Gabriela Mistral que se mueve entre la figura canónica y el misterio artificioso que muchas veces no ha existido. Con textos seleccionados de los "cuadernos de vida" se conforma el panorama vital de la poetisa, desde los quince años hasta antes de la muerte.

La selección hecha con notable habilidad por el recopilador culmina en una especie de montaje que traza un panorama vital de Gabriela. La cotidiana tarea de trabajar y vivir, desde el manejo de dineros no siempre abundantes hasta comidas y diversiones, de conversaciones y descubrimientos, se mezcla con reflexiones profundas,

con apuntes agudos y muchas veces desgarrados. "Yo he sido un espíritu desesperado, amargo y envenenado en su amargura como en una droga diabólica", escribe con franqueza brutal.

De la soledad y el enclaustramiento, desde los años felices de la infancia en el Valle de Elqui se abre a la aventura de conocer y penetrar el mundo que muchas veces le resulta ingrato. Le duele la pobreza, la mala suerte de los niños, la explotación del obrero y el indio, el desprecio de los poderosos, las tiranías, el desdén que cree ver en los españoles frente a los latinoamericanos. La alegran el progreso de la mujer, la naturaleza, la felicidad de los niños, la lucha por la paz y la justicia.

Siempre se advierte en ella un vacío, una demanda de afecto permanentemente insatisfecha: "Mi mayor flaqueza de chilena y de mujer tal vez sea ésta, busco la familiaridad inmediata, quiero la buena fe, pido como todas las errantes la casa tibia en que entrar, pues llevo años de ruta helada y de vientos y polvo en el rostro".

Hay en este libro apuntes muy variados: literarios, culturales, políticos, de simple humanidad y convivencia. En pocas líneas desfilan personajes como el presidente Pedro Aguirre Cerda, por el que tuvo invariable estimación y gratitud; Arturo Alessandri, Gabriel González Videla, que consideraba frívolo o vulgar, Carlos Ibáñez, paradigma del militarote al que finalmente perdonó, Neruda por quien sentía afecto y admiración, Huidobro, Romain Rolland, Giovanni Papini, Teresa de la Parra y muchos otros.

Se perciben grandes constantes, como su preocupación por Chile, la patria que sufre a la distancia y a la que no quiere venir.

"Yo soy una chilena ausente y no una ausentista", declara. Otra constante, es su sentimiento latinoamericano, orgullosa del mestizaje y la mezcla cultural que sustenta a nuestros pueblos. Por ella tuvo choques con intelectuales españoles como Miguel de Unamuno, Pío Baroja y un fuerte enfrentamiento con Federico de Onís que en el Instituto de las Españas de Nueva York había sido determinante para que se publicara "*Desolación*" (1922).

Demócrata, Gabriela Mistral desconfió siempre de las dictaduras. Religiosa, durante mucho tiempo fue una católica bastante heterodoxa y por años se declaró budista. Tuvo especial sentido político y clarividencia singular en un mundo que presenció el alza del fascismo, el desarrollo del stalinismo en la Unión Soviética, la segunda guerra mundial y la bomba atómica.

"He llorado la muerte de Sandino, más que todo por ser un crimen nuestro, una suculencia más. Paciencia", escribió, al saber de su asesinato.

Con la vejez va volviendo la infancia: "Con los años nos vamos reduciendo a escombros. ¡Cuánto temía esto yo cuando era una muchachita elquina que no se cansaba de trepar los peladeros buscando flores y piedras! Y cómo echo de menos los ojos de gavilán con que deletreaba las briznas más lejanas y hasta el temblor del pelaje de un conejo al otro lado del Valle. Tuve ese surco de surcos, mi Elqui patrio, más conocido para mí que mis versos o el mapa de mis manos, y me lo tuve por rebose de unos sentidos certeros y alertísimos. Nada de eso vuelve".

La Gabriela de estas páginas no es, sin duda, la única posible. Seguramente hay otros textos que pudieran mostrar derroteros distintos de su sensibilidad o que incluso contradijeran algunos que han sido incluidos en "*Bendita mi lengua sea*", pero la Gabriela Mistral que aquí encontramos es -definitivamente- admirable por intensidad y limpieza de alma ●



"**B**endita mi lengua sea" (Planeta/Ariel) es y no es -por decirlo así- un libro autobiográfico de Gabriela Mistral. Todos los textos son de su autoría, escritos en diversos lugares y épocas, pero no fueron ordenados ni recogidos por ella, que murió en 1957, sino por Jaime Quezada en un trabajo notable que le tomó cerca de un año.

Por dispersas y poco publicadas son insuficientemente conocidas las fuentes autobiográficas de Gabriela, como cartas, diarios de vida, notas, apuntes, que enriquecen el conocimiento de su pensamiento y poesía.

Excepcional, Gabriela fue una mujer